

# JUEVES SANTO

*“Yo quisiera que en mi mesa  
nadie se sienta extranjero...”*

## Queridos hermanos:

En este Jueves Santo volvemos a contemplar a Jesús que, en la Última Cena, se sienta a la mesa con los suyos, lava los pies y nos deja el mandamiento nuevo: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado”.

Es la mesa grande que Jesús abre para todos, donde nadie queda afuera y donde el amor se hace gesto concreto: servicio, entrega y pan compartido. Así lo recuerda el papa León en *Dilexit Te*: “la caridad no es una vía opcional, sino el criterio del verdadero culto”.

En ese amor concreto y eficaz, la fe se hace vida, y la Eucaristía se une inseparablemente con la caridad. Todos creemos que es así; sin embargo, no siempre sabemos cómo traducirlo en hechos, plasmarlo y conectarlo con lo cotidiano y simple de nuestra vida.

Y es precisamente ahí donde aparece una pregunta, muy concreta y muy real: ¿qué tiene que ver con la fe, con la misión de la Iglesia, dar de comer en nuestras parroquias, sostener un comedor o fundar un club para que los chicos no estén en la calle? ¿Esto acaso no lo tiene que hacer el Estado o las instituciones intermedias? ¿La Iglesia no está para otra cosa? ¿No tenemos que ocuparnos de la salvación?

La respuesta no es complicada: tiene que ver con el todo de nuestra labor evangelizadora.

Porque nuestra fe no nace de una idea, sino de una persona: Jesús. Y Jesús no pasó de largo frente al hambre, el dolor o la soledad. Se detuvo, tocó, alimentó, sanó. La salvación no se da fuera de la vida, sino en la vida. Él mismo nos lo dijo con claridad: “Tuve hambre y me diste de comer...” (Mt 25). Y el apóstol lo confirma con fuerza: “¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras? (...) Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y uno de ustedes les dice: ‘Vayan en paz, caliéntense y coman’, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (Sant 2,14-17).

Desde esta certeza, cuando una parroquia abre un comedor, organiza una noche de la caridad o crea un club para sacar a los chicos de la calle, no está haciendo algo “extra”. Jesús nos hace dar el paso de una fe levítica, centrada solo en ritos y cumplimientos, a una fe profundamente arraigada en el corazón de Dios y en la enseñanza de los profetas. Así, la Iglesia vive el corazón del Evangelio y hace visible el proyecto de Dios.

Y ese proyecto de Dios es vida digna para todos: que nadie quede afuera, que cada persona pueda experimentar –también en lo más concreto– que es amada; que nadie quede tirado; que cada pibe y piba tenga un lugar, un plato de comida y una oportunidad

Y esto lo entendieron muy bien los santos: San Juan Bosco, que vio que si los chicos estaban en la calle, primero había que darles un patio, comida y contención; San Vicente de Paúl, que organizó la caridad para que llegara de verdad al que la necesitaba; San José Benito Cottolengo, que fundó la “Pequeña Casa de la Divina Providencia”, donde se daba de comer, se alojaba y se cuidaba a miles de pobres y enfermos confiando totalmente en la



Providencia; San Benito José Labre, que vivió como pobre entre los pobres, compartiendo lo poco que tenía; San Pedro Claver, que atendía a los esclavos dándoles comida, agua y dignidad; Santa Brígida de Suecia, que denunció la injusticia y promovió la hospitalidad concreta; San Juan de Dios, que daba comida, abrigo y cuidado a quienes nadie atendía; San Camilo de Lellis, que organizó el cuidado integral de los más abandonados; y Santa Teresa de Calcuta, que levantaba a los que estaban tirados en la calle y les devolvía dignidad.

Todos ellos comprendieron algo simple y profundo: la fe se vuelve real cuando pasa por la mesa compartida. No separaron la fe de la vida ni el altar de la mesa.

Por eso, las parroquias y las capillas no son un lugar donde solo se reza. La celebración del misterio de Cristo, la oración sencilla y profunda y la adoración nos deben llevar a ser comunidades organizadas que cuidan la vida, desde el seno materno hasta que descansa en el seno del Padre.

Cuando sostenemos un comedor, cuando armamos un club, cuando generamos espacios para los chicos, creamos familia en la atención en la Caritas parroquiales no estamos haciendo asistencia: estamos haciendo Iglesia. Y la lista de posibilidades queda abierta en la medida en que dejamos hablar a la realidad.

En este camino, además, damos un paso decisivo: pasamos de la ley a la vida. Porque las tradicionales y fundamentales obras de misericordia de la Iglesia no son una lista de cosas que “hay que cumplir”, sino caminos concretos donde el amor de Dios se vuelve carne. Lo que antes podía quedar en una norma se vuelve encuentro; lo que podía ser solo mandato se transforma en cercanía; lo que podía vivirse como obligación se convierte en respuesta del corazón.

Ahora bien, sin lugar a dudas, esto nos trae dificultades y problemas. No es fácil. Compromete, desgasta, nos obliga al diálogo, a organizar la comunidad codo a codo con otros que son diferentes; nos saca de la comodidad de las ideas y de lo que siempre hicimos, para empujarnos a encarnar la vieja y eterna “novedad del Evangelio”.

Pero esto no es algo nuevo ni una moda pasajera. Jesús mismo se enfrentó a estas situaciones en una sociedad atravesada por desigualdades y conflictos. No miró desde afuera. No se quedó en la periferia de la vida: la atravesó, cargó con ella y la redimió desde dentro.

Como nuestro buen samaritano, que cargó al herido del camino, lo cuidó y se hizo cargo de su vida, hoy quiere seguir cargando a una humanidad herida y sufriente en nuestros barrios, desde nuestro corazón y nuestras manos.

Por eso, cuando la Iglesia da de comer, abriga, acompaña, educa y genera espacios para que los chicos vivan, jueguen y crezcan, no está agregando algo a su misión: está tocando su centro. Está viviendo el corazón del Evangelio. Está haciendo visible el proyecto de Dios. San Alberto Hurtado lo decía con claridad: “En nuestras obras, el pueblo sabe que comprendemos su dolor”.

Y ahí se da algo muy profundo: la fe deja de ser algo que se dice y pasa a ser algo que se vive. Que crezcamos en un amor que da vida y que haga visible que Él está vivo.

Gracias de corazón, y que Dios siga bendiciendo todo lo que hacen.

Mons. Eduardo García  
2 de abril 2026